ESTUDIOS

Don Justo Sierra, en el Centenario de su Nacimiento

Palabras leídas en la ceremonia que la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, organizó para conmemorar el centenario del natalicio de don Justo Sierra.

A la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española tocábale, como es debido, tributar el homenaje que se le debe a la egregia figura de don Justo Sierra, el día mismo en que se conmemora el centenario de su nacimiento. Don Justo Sierra fué por años su director y a ella le consagró momentos inolvidables de acción fecunda, de estímulo sabiamente encaminado y buena parte del prestigio que comunicaba su personalidad cimera en las letras mexicanas. En lo que sí no ha estado en lo justo nuestra Academia es en haber conferido el panegírico de tan ilustre varón a la persona que tiene ahora el honor de leer estas páginas. Entre los miembros de la ilustre corporación hay, por fortuna, todavía discípulos que bebieron de labios del maestro la pura linfa de su enseñanza; hay colaboradores suyos en la gran obra educativa que emprendió desde la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes el maestro de la juventud de entonces y de siempre; hay, por último, amigos que supieron de la generosidad de su corazón y de la lealtad de su palabra; hay también quienes, con más autoridad y mejor estilo que yo, pudieran haber pronunciado el panegírico del que hoy ha sido

proclamado Maestro del Continente, grabando su nombre en el panteón de los héroes civiles de la América Española.

Personalmente no alcancé sus lecciones de historia en la Escuela Nacional Preparatoria. Físicamente lo conocí, porque su figura era popular entre los estudiantes que entraban a sus clases o salían de ellas en las primeras horas de la mañana. En nuestro barrio estudiantil, en la antigua calle del Reloj, que conserva el carácter que varias generaciones de estudiantes le han dado, de la principal vía de nuestro barrio latino, la figura del maestro que llegaba a su oficina a pie, calmoso y sonriente, infundía respeto y despertaba veneración. ¿A qué trazar el retrato que hemos visto multiplicarse por el lápiz, en estos últimos días de suprema consagración? ¿A qué repetir el rasgo que han intentado de su persona todos los escritores que antes y ahora se han puesto a evocar la apariencia física del gran escritor? Mejor que nadie, Alfonso Reyes nos ha dado en unas cuantas líneas la impresión de lo que fué el maestro: "El último retrato de Justo Sierra, comunicado desde Europa a las hojas periódicas, nos lo presenta como era: un gigante blanco. De corpulencia monumental, de rasgos tallados por el mármol, su enorme bondad hacía pensar a Jesús Urueta en aquellos elefantes a quienes los padres, en la India confían el cuidado de los niños. De los jóvenes era el tutor natural y entre los ancianos era el más joven. Viéndole mezclarse a la mocedad, los antiguos hubieran dicho que desaparecía como el dios Término entre el revoloteo de las Gracias y viéndole guiar a los otros, a veces sólo con la mirada o con la sonrisa lo hubieran comparado con Néstor, de cuyos labios manaban la sabiduría y la persuasión. Todo él era virtud sin afectaciones austeras, autoridad sin ceño, amor a los hombres, comprensión y perdón, orientación segura y confianza en el bien que llegaba hasta la heroicidad. Cierta aire zumbón y la facilidad en el epigrama sin hiel disimulaban, para hacerla menos vulnerable, su ternura." Así lo presentíamos nosotros, los que concurríamos a las aulas de la Preparatoria, al verlo llegar cotidianamente a la sede del Ministerio de Instrucción.

Más tarde le vimos desfilar a la retaguardia de la procesión académica que iba del Anfiteatro al Paraninfo de la Universidad después de haber pronunciado una de las más admirables oraciones que se han dicho en nuestra lengua. Su muerte en España nos

conmóvió profundamente, como a todos los mexicanos capaces de comprender la pérdida que su desaparición significaba para el país.

El conocimiento paulatino de su obra afirmó en nosotros la idea de ser ella una de las fundamentales en la historia de las letras de nuestra América y de ser su autor uno de los grandes autores que en las postrimerías del siglo XIX y los primeros años del actual, se preocuparon por hacer la luz en el caos que las luchas internas y externas habían producido en la América a raíz de su emancipación.

El caudillismo había creado un clima de violencia en nuestro continente; América se debatía entre la dictadura y la anarquía, tratando fundamentalmente de encontrarse a sí misma. Surge entonces el tipo del pensador, del educador, del sociólogo que desea ardientemente explicarse la realidad en que vive su pueblo y modificar las condiciones de existencia de los habitantes de su región que luchan contra la miseria, la insalubridad, el analfabetismo y la miseria. Tiene el escritor un concepto mesiánico de su obra. Moralista, con un poco de profeta, se lanza a la lucha con igual brío que ochenta años antes lo hicieran los caudillos que combatieron por la independencia del Continente. A la legión de libertadores sigue la de civilizadores. Juan B. Alberdi sienta las bases de la prosperidad argentina, sobre el significado de su célebre apotegma: "gobernar es poblar"; Domingo Faustino Sarmiento consagra su vida a elevar el nivel de la educación de su pueblo; Hostos peregrina por América y defiende en España el derecho que tienen las últimas colonias españolas a obtener su libertad; Montalvo lanza violentos apóstrofes a la tiranía; Bello contribuye a la organización jurídica de Chile y se reconoce su magisterio humanista en toda América; Rodó estudia el choque de las dos civilizaciones que pueblan el Continente y hace del arielismo un paradigma. Uno de los más altos representativos de esta generación es, a la vez, libertador, civilizador y mártir. A esta generación de maestros que produce América en el momento de su definición como entidad de cultura, pertenece don Justo Sierra. Recibe de Altamirano la herencia de un apostolado, en momentos menos aciagos que los vividos por los hombres en la generación precedente. Vive su juventud, sin embargo, en los tiempos calamitosos de la intervención. Ha vivido la época generosa y ardiente del romanticismo político y del romanticismo literario, que ha soplado con violencia de huracán

en Europa y en América. Ha bebido en los grandes poetas románticos que le han precedido, el vino que produce la exaltación generosa y noble. Sabe que el poeta es no sólo fuente de emoción, sino antes guía de su pueblo. Que el artista tiene una misión educadora que llenar y a ella debe consagrarse íntegramente. Hugo, el gran padre Hugo, que Justo Sierra admirara toda su vida; Lamartine, Alfredo de Vigny habían puesto la muestra del poeta al servicio de los grandes anhelos populares. Se lanzan a la política como medio de servir a los humildes. "Poetas y reformadores —dice Roger Picard en su obra *El romanticismo social*—, Fourier y Saint Simon tanto como Hugo o Lamartine, enfocaban la reforma profunda de la sociedad en nombre de la fraternidad humana y la justicia. Se tendía a constituir una nueva fe que rejuveneciera y utilizara el cristianismo; todos los pensadores se esforzaban en definirla y en exaltarla en verso y en prosa." Libertad, Justicia, Progreso son las palabras que los escritores del romanticismo y del post-romanticismo inscriben en sus banderas. Justo Sierra, que las ha oído constantemente en su juventud, repetirá una frase que tiene su vigencia en este período de exaltación del sentimiento popular: "El pueblo tiene hambre y sed de justicia." El progreso será para él una obsesión como lo fué para los pensadores románticos y lo ha de ser más tarde para los positivistas, que con el amor como base y con el orden como medio, pretenden alcanzar el progreso como fin.

Los románticos se sentían herederos de los hombres que habían realizado la revolución en 1789. El mismo gran suceso "se les aparece a los románticos como una especie de acontecimiento sobrenatural, marcado por el sello de la divinidad" — dice el mismo autor. No es extraño, pues, que sientan la gran conmoción política y social que la revolución francesa implica en su propia entraña. Las mejores páginas de la *Historia universal* de Sierra, son indudablemente las que dedica a describir las jornadas en que se desenvuelve la gran tragedia: la reunión de los Estados generales; la proclamación de la soberanía nacional; el 14 de julio; la Asamblea Constituyente... Al leerlas se percibe hasta qué punto el maestro sentía los acontecimientos que narraba; cómo vivía las diversas etapas de la tragedia y cómo sabía interpretar a sus personajes.

Literariamente Justo Sierra nace también en las postrimerías del romanticismo, en su primera fase de exaltación sentimental. Sus "Conversaciones del domingo" y sus *Cuentos románticos*, derivación

de las primeras, nos describen al joven atraído por las grandes corrientes que inspiraban a los poetas y prosadores del segundo tercio del siglo pasado. El llamar románticos a sus cuentos, ya es sugerente. Ignacio Ramírez y Altamirano, grandes animadores, lo inician en sus primeros pasos en el campo de las letras. De Altamirano ha de heredar su impulso generoso por descubrir y encauzar vocaciones; del *Nigromante*, su capacidad razonadora. Lo apadrina Guillermo Prieto en sus andanzas por las redacciones de los periódicos y Vicente Riva Palacio lo iniciará en los secretos de la historiografía. Su cultura se ha formado en el conocimiento de los clásicos españoles y de los grandes poetas franceses. De éstos lo han de atraer, fundamentalmente, Hugo y Musset. Ha de amar a los franceses después, menospreciando un poco a los españoles —característica de la época—, aunque admire y trate personalmente a los grandes escritores de la España que él conoció: Menéndez Pelayo, Valera, Pérez Galdós.

La sombra de Michelet lo guía en la interpretación de los hechos históricos. Al amparo del positivismo se hace historiador. Gusta del maravilloso estilo de Renan, y de la arquitectónica precisión de Taine. Vive intensamente esta época constructiva de la República; pero acaba por señalar las limitaciones del positivismo. “Dudemos; en primer lugar, porque si la ciencia es nada más el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si esto es la verdadera ciencia ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos?” — expresa el maestro en ese magistral discurso dedicado a honrar la memoria de don Gabino Barreda, que ha comentado tan admirablemente don Antonio Caso: “Reproducir en sí mismo los diferentes tipos de vida del pasado —según piensa Renan—, tal fué el ejercicio moral que eligió Justo Sierra, obedeciendo a su peculiar aptitud, para decir su mensaje interior, la buena nueva de su espíritu, a sus discípulos y sus conciudadanos. El poseía, justo a su idealismo ingénito, ese culto por la tradición, ‘sociedad universal de inteligencia y corazones’, ese sentido del pasado, tan escaso y tan admirable en estos pueblos latinoamericanos, víctimas más o menos conscientes de las utopías sistemáticas y de las redenciones imposibles; él supo ahijar la conciencia clarísima de

que no en balde se elaboró por nuestros padres las fórmulas social y política que predeterminan nuestros destinos; y logró precisarla en su obra, y lo que vale más aún, hacérsola amar como hijos reconocidos y devotos." Espíritu proteico fué el de don Justo Sierra: poeta, cuentista, jurisconsulto, orador, historiador, educador... Comprendió como pocos el Renacimiento: basta leer el discurso que pronunció en honor de Vasco de Gama, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del camino marítimo para la India, para convencerse de ello, y fué él mismo una figura renacentista. Tuvo en el siglo XIX la curiosidad avasalladora que movió a los grandes hombres del XVI a la aventura de los descubrimientos y las conquistas, en el estadio de lo espiritual y de lo artístico. Fué uno de esos grandes espíritus que tenían capacidad para abarcar el conocimiento de las más variadas disciplinas: un Guicciardini, un Diego Hurtado de Mendoza, un Hernán Pérez de Oliva. La filosofía no le fué ajena. El la restituyó al lugar que merecía en la Universidad Nacional. Platónico lo llama don Antonio Caso porque fué como Platón un amante, pero "lo fué también por su ironía, vencedora o enemiga, al menos, del error, de los múltiples errores humanos, como la socrática; pero no corrosiva del ideal, calculadora y hedonística, como la del solitario maestro de los Parerga y Paralipomena nunca consejera de amar el egoísmo. Platón fué irónico, fué escéptico y padre intelectual de irónicos y escépticos. El gran intérprete del platonismo, Walter Pater, sin ánimo de zurcir paradojas sino con el propósito de comprobar la influencia en verdad insondable, de Platón en la humanidad pensadora, dice que el divino filósofo ateniense, compendio de todas las perfecciones intelectuales y estéticas del genio griego, ha tenido una doble descendencia histórica: la de los grandes dogmáticos idealistas, de Plotino a Hegel, que todo el mundo le reconoce y ha reconocido siempre, y la de los escépticos". A esta última pertenece don Justo Sierra, a pesar de su hondo sentido religioso y aun místico. "Era el suyo un amor ardiente e incontenible; filósofo, a la manera del misticismo ampliamente humano de los místicos españoles; no como el de Tolstoi, misericordioso y frío, según ha sabido precisarlo doña Emilia Pardo Bazán. Era un amor matizado de ironía; pero no súbdito de ella, no vasallo, sino imperante siempre y siempre fundamental."

Su vocación fué sin embargo la del historiador. A pesar de haber producido el siglo XIX grandes historiógrafos, don Justo Sierra

supera a todos por su exquisito don de comprensión del presente y del pasado. Era un intuitivo del alma del pretérito. Así explicaba esta intuición: "El desenvolvimiento de un alma primitiva que tiene por núcleo un carácter, que recibe color de los acontecimientos y tiende a recobrar sobre ellos y con ellos, se complica y se transforma a su vez en acontecimiento determinante de series de sucesos, cuya vibración se propaga indefinidamente en el tiempo, es un supremo espectáculo; no sé si hay otro igual para el espíritu: equivale al de la creación de un mundo, al del descubrimiento de una verdad fundamental. Es más importante porque encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida... Pues si este drama toma proporciones de una revolución histórica, si llega a servir de medida a la cantidad de influencia que puede lo histórico de un grupo humano tener en la Humanidad, entonces resulta para el contemplador sorprendente y lírico."

Esta sensibilidad que le permitía conocer y juzgar los grandes acontecimientos del pasado, la tenía también para conocer y juzgar los de la obra del presente. Justo Sierra habría sido uno de los mayores críticos de América, de haberse dedicado fundamentalmente a esta disciplina. Allí están, como muestra, dos estudios que el maestro dedicó a dos de las grandes figuras literarias del Continente: Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío. Lo que él ha dicho del primero, ha quedado definitivamente establecido. Su juicio de la obra del poeta no ha sido aún superado por crítico alguno. Cuando se ofrece hablar de la obra del Duque Job, invariablemente se repiten los conceptos de su insigne prologuista. El ensayo sobre el autor de *Cantos de vida y esperanza* es tan penetrante como el que le dedicara Rodó a Darío, como el prefacio a sus *Prosas profanas*. Sin embargo, en el estudio de Sierra se reivindica para Darío el dictado del poeta de América que el autor de *Ariel* le había negado.

"¿Por qué dicen que no sois un poeta de América, mi querido gran poeta, cordial y bueno bajo la pálida máscara, por qué? Pues no sois de Francia, porque aunque vuestro verso habla, no la lengua, pero sí el verbo francés, encendéis sobre él esas constelaciones nuevas que ven 'Los Conquistadores' de José M. de Heredia al pasar el Ecuador; no español porque tenéis el estro demasiado crepuscular y compuesto de demasiado complicados matices para que pueda ser su medio natural el de los colores francos y altos que ama la musa española y que tienen el don de irritar a nuestro eximio ami-

go Santiago Rusiñol, a cuyos pies todos los días pone, sin embargo, el Mediterráneo su copa de oro blanco y de azul encenso... Sí, sois americano panamericano porque en vuestros versos, cuando se les escucha atentamente, suenan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne que es vuestro pájaro heráldico, boga sin cesar en vuestros lagos helénicos en busca de Leda, el cóndor suele bajar a grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia de vuestro temperamento al través del cual sentís lo bello; y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira polícorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra..."

La oratoria alcanza en Justo Sierra el punto cimero a que ha llegado en la historia del pensamiento mexicano. Habrá otros tribunos más elocuentes; manejarán otros con mayor brío la metáfora; dispondrán algunos de un carcaj mejor provisto de flechas aceradas por la ironía; pero ninguno de nuestros grandes oradores ha dispuesto de una preparación tan completa y tan bien fundada en las humanidades, para ser el primero de nuestros oradores académicos; sin por ello dejar de ser uno de los más brillantes tribunos parlamentarios que ha producido México. La oración pro Gabino Barreda es insuperable; la lección de Historia mexicana dada en el Ateneo de Madrid, en 1900, es un prodigio de síntesis armoniosa y bella. El discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional, en 1910, allí queda como programa que sólo en parte ha cumplido la institución generosamente reorganizada por él.

Su figura anima todo un período de la literatura mexicana. A su lado los grandes poetas del modernismo se formaron. Los pintores, los escultores, los músicos de esa época le deben estímulo y protección. Como dios olímpico presidía el areópago que en la Secretaría de Instrucción Pública formaban escritores y artistas: Nervo, Urbina, José Juan Tablada, Urueta, Rafael López, primero; los jóvenes de la Sociedad de Conferencias, Ateneo de la Juventud después, recibieron enseñanza, aplauso, comprensión del espíritu generoso que siendo mayor que ellos les abría los brazos y con ellos el corazón, para mostrarles lo que debía ser la actitud del artista, para consigo mismo y para con el pueblo que los viera nacer. Cuántas veces habrían oído del maestro las palabras que le dedicara al gran nicaragüense como paradigma de la obra del poeta: "¡Volved

a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre a pesar de vuestras manos de marqués, a América vuestra madre, a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspasia y de Pericles! Los poetas deben servirse de su lira para civilizar, para dominar monstruos, para elevarlos en pos suyo hasta la cima de la montaña santa en que se adora el ideal."

Civilizar, dominar monstruos; el de la ignorancia, el de la barbarie, fueron las preocupaciones fundamentales de los grandes hombres de su generación. Por ello dedicó lo mejor de su vida a educar al pueblo iletrado y al pueblo letrado que necesita tanto o más de la educación que el analfabeto. Su magisterio en la historia no fué sino una parte de su obra educativa. Comenzó siendo poeta y acabó siendo educador. Por ello estas dos vocaciones llenaron íntegramente su alma. Por ello, al morir, pedía que sobre su tumba —y ojalá se cumpla ahora su deseo al reposar sus cenizas en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en la que desde hace mucho tiempo debieron reposar por derecho propio— se grabaran las palabras, que sintetizan la honda aspiración de toda su vida:

"Justo Sierra: educador y poeta."

JULIO JIMÉNEZ RUEDA